

Juan Miguel Matheus

Por qué legitimar los remanentes autocráticos de Venezuela sería un error estratégico

Venezuela ya ha entrado en una nueva fase política. Nicolás Maduro se ha ido y no regresará. Sin embargo, el fin de su gobierno personal no ha desmantelado el sistema que construyó. El poder se ha desplazado hacia un nuevo rostro, pero uno forjado por —y leal a— el antiguo régimen. La emergencia de Delcy Rodríguez como autoridad de facto del país representa continuidad, no ruptura: una reconfiguración del control autocrático bajo circunstancias alteradas, más que una transición democrática¹.

Tratar este momento como una ruptura limpia sería un error de diagnóstico grave con consecuencias estratégicas. Las instituciones que hoy gobiernan Venezuela no son restos administrativos neutrales a la espera de reforma; son remanentes autocráticos —estructuras diseñadas para preservar el poder². Rodríguez no es una tecnócrata transicional al margen de esta historia. Es una

1 The Journal of Democracy, “Why the United States Shouldn’t Run Venezuela”, Juan Miguel Matheus, January 2026, <https://www.journalofdemocracy.org/online-exclusive/why-the-united-states-shouldnt-run-venezuela/>

2 LSE, “In Venezuela, the US has removed a dictator, but shows little sign of building a democracy”, John Polga-Hecimovich, January 13, 2026, <https://blogs.lse.ac.uk/usappblog/2026/01/13/in-venezuela-the-us-has-removed-a-dictator-but-shows-little-sign-of-building-a-democracy/>

de un poder autocrático reconfigurado puede producir orden en el corto plazo, pero compromete la credibilidad democrática de Estados Unidos y cierra la posibilidad de una salida legítima a largo plazo.

Venezuela no necesita un nuevo administrador del viejo poder. Necesita un proceso capaz de reconstruir la autoridad desde abajo, a través de competencia política real y consentimiento ciudadano. Ningún actor externo puede otorgar eso en nombre de Venezuela. Cuando lo intenta, sustituye la autodeterminación por dependencia y la legitimidad por conveniencia.

La paradoja central de esta fase es clara: cuanto más Estados Unidos busque garantizar estabilidad legitimando remanentes autocráticos, más socavará los fundamentos de una estabilidad democrática genuina. Reconocer esta paradoja no es moralismo; es realismo estratégico basado en la experiencia comparada y en una comprensión de cómo se construye —y se pierde— la autoridad política.

Estados Unidos tiene intereses legítimos en Venezuela: estabilidad regional, gestión migratoria, seguridad energética y recuperación económica. Pero esos intereses no se sirven convirtiéndose en la fuente de autoridad de un poder de facto heredado del autoritarismo. Se sirven apoyando de manera firme y consistente un proceso que permita a los venezolanos determinar su futuro sin tutela ni atajos. Cuanto antes la política estadounidense refleje esta realidad, mayores serán las probabilidades de que la era pos-Maduro no se convierta simplemente en la era Maduro por otros medios.